



Capítulo 184 - Esposas aburridas

—Ya llevan dos meses ahí... —comentó Roxanne, cortando delicadamente otro trozo de pastel de chocolate y fresa, saboreando cada bocado bajo el cielo soleado del jardín de la mansión de Scarlet.

"Bueno... empiezo a sentirme triste", admitió Ada en voz baja, casi un susurro. Sentada con las piernas cruzadas, jugaba distraídamente con una flor que había cogido del jardín.

"Me siento abandonada", intervino Katharina, apareciendo de repente en su línea de visión, con un tono cargado de dramatismo.

Roxanne levantó la vista y arqueó una ceja ante la inesperada presencia de Katharina. "¿Eh? ¿Vas a salir?", preguntó, al notar la llamativa apariencia de su amiga.

Katharina estaba impecablemente vestida, con pantalones negros ajustados que acentuaban sus curvas, una chaqueta de cuero abierta para revelar un top rojo que exponía su tonificado abdomen, gargantillas oscuras que adornaban su cuello y gafas de sol que añadían un aire de misterio.

—Sí —respondió Katharina, ajustándose las gafas de sol con una seguridad que armonizaba con su actitud desenfadada pero autoritaria—. Voy al mundo humano. Necesito... una distracción.

"¿Una distracción, eh?", replicó Roxanne, con una sonrisa pícaro mientras masticaba otro bocado de pastel. "A ver si adivino... ¿bebiendo o haciendo contratos?"





Katharina rió, echándose el pelo hacia atrás con elegancia. "Un contrato, de hecho. Parece que alguien del Bar Sin Nombre necesita algo. Pero... no me negaré a una buena ginebra mientras esté allí", dijo encogiéndose de hombros con indiferencia. Luego, su mirada se dirigió a sus amigas. "¿Y vosotras dos? ¿Algún plan o os quedaréis aquí, suspirando por los rincones?"

Roxanne hizo una mueca, apartando su plato vacío. "Traje todo lo que necesito aquí... No tengo intención de volver a casa pronto."

Katharina arqueó una ceja al percibir la amargura en la voz de Roxanne. "¿Supongo que por ese hombre?"

"Exactamente", confirmó Roxanne, cruzándose de brazos y apartando la mirada. La mención de su padre, a quien claramente despreciaba, parecía pesar mucho en el ambiente.

Ada, que había permanecido en silencio hasta entonces, suspiró y se levantó de la silla. "Voy a visitar a mi madre", anunció con una suavidad inusual. "Hace meses que no sé nada de ella. Creo que es hora de hablar con ella".

Katharina sonrió levemente, notando la melancolía en la voz de su amiga. "Algunas madres parecen mejores que otras, ¿verdad?"

Ada simplemente le devolvió la sonrisa, con un toque de nostalgia, mientras Roxanne se burlaba. "No olvides traer algo interesante del mundo humano. Me estoy aburriendo aquí".

"¿Qué clase de algo interesante? Ah, no importa. Solo quieres dulces", bromeó Katharina mientras se preparaba para irse, agarrando el contrato.

"Sorpréndeme", respondió Roxanne con una sonrisa juguetona.





"Nunca cambias", comentó Katharina antes de girar sobre sus talones y caminar hacia el portal que se abrió al romper el contrato. "Nos vemos luego, chicas".

"Cuídate", dijo Ada, viendo a su amigo desaparecer a través del portal con un brillo rojizo.

Roxanne se volvió hacia Ada. "¿Crees que volverá con un contrato o con resaca?"

"Ambas", respondió Ada con una risita antes de pensar en su visita a su madre.

iiiKABOOOOMMM!!!

La atronadora explosión sacudió el jardín, provocando que Roxanne y Ada intercambiaran una mirada de complicidad. Sin mediar palabra, ambas suspiraron profundamente, como si fuera un día cualquiera.



—Marido... —murmuró Roxanne, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—Cariño... —terminó Ada, acomodándose el cabello que había quedado despeinado por la onda expansiva.

Se miraron fijamente un momento y, en perfecta sincronía, soltaron otro profundo suspiro. «Ahhh~...»

Roxanne fue la primera en romper el silencio, alzando las manos en señal de rendición. "¿No pueden pasar un solo día sin hacer estallar algo?"



—Lo dudo —respondió Ada con un tono exasperado, aunque sus ojos brillaban con una mezcla de afecto y resignación.

"Bueno, al menos volverá más fuerte", bromeó Roxanne, tomando su taza de té y tomando un sorbo como si la explosión no hubiera sido más que un débil trueno de fondo.

Ada suspiró, alisándose la falda al levantarse de la silla. "Nosotras también tenemos que entrenar, ¿sabes? No podemos dejarle todo a él".

Roxanne se encogió de hombros, aún con su taza de té en la mano. «Insiste en cargar solo con el peso del mundo. Yo solo intento no estorbarle».

Ada levantó una ceja. "Y comer pastel ayuda con eso, ¿no?"

"Exactamente", respondió Roxanne con una sonrisa traviesa, levantando un trozo de pastel con su tenedor.



Ada puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír. "Voy a ver a mi madre. Cuida de Alice, ¿de acuerdo?"

Roxanne dejó inmediatamente su taza de té y adoptó una pose exagerada de soldado, saludando. "¡Sí, señora! ¡Operación 'Que Alice no explote nada' activada!"

Ada se rió, negando con la cabeza. "Confío en ti... creo."

"Deberías", replicó Roxanne, guiñándole un ojo antes de volver a su pastel. "¡Buena suerte con tu madre!"



—Gracias. Lo necesitaré —respondió Ada con un último gesto antes de irse.

...

[Mundo humano]

"No lo puedo creer...", murmuró Katharina, interrumpiendo sus pensamientos al ver la entrada del bar. Se detuvo, cruzándose de brazos, mientras observaba las runas brillantes grabadas un poco a la derecha de donde estaba la puerta original.

—Han vuelto a cambiar la entrada de este maldito lugar —se quejó con un tono cargado de impaciencia.

Dio unos pasos hacia las nuevas runas, ladeando la cabeza para examinarlas detenidamente. "¿Es que no pueden conservar algo en el mismo sitio durante más de un mes?", suspiró.



"Bueno, un contrato es un contrato", se dijo a sí misma, ajustándose la chaqueta de cuero sobre los hombros. Con un movimiento firme, empujó la puerta decorada con runas y entró en el legendario Bar Sin Nombre.

En cuanto Katharina entró, la charla en el bar se acalló casi al instante. Todas las miradas masculinas, y algunas femeninas, se dirigieron hacia ella.

Su paso seguro, combinado con los ajustados pantalones negros que acentuaban sus curvas, el top rojo que dejaba al descubierto su abdomen tonificado y la chaqueta abierta, la convirtieron en el centro de atención sin necesidad de pronunciar palabra. Las gafas de sol que descansaban sobre su cabeza sujetaban su cabello perfectamente peinado.



Katharina notó las miradas, pero las ignoró con naturalidad. Estaba acostumbrada y, para ser sincera, no le importó en absoluto. La sonrisa burlona que se dibujaba en sus labios lo decía todo: sabía que estaba despampanante.

Al pasar junto a las mesas, sonó un silbato en una esquina. Sin detenerse ni siquiera mirar atrás, levantó la mano y chasqueó los dedos. El agudo sonido fue seguido por una débil ráfaga de energía que hizo que el silbador tropezara con su silla y se derramara la bebida encima.

—Patético —murmuró Katharina, más para sí misma que para él, mientras continuaba hacia el bar.

El camarero, un troll corpulento con cicatrices que cruzaban su rostro y un delantal desgastado, la miró con una sonrisa nerviosa.

"Katharina... siempre es un placer", dijo, limpiando una taza con un trapo que parecía más sucio que la taza misma.

—Déjate de charlas intrascendentes, Grog —respondió ella, apoyándose tranquilamente en el mostrador—. ¿Quién es el cliente?

—La señora está arriba... —dijo Grog mientras abría la puerta secreta.

"Oh, esa bruja está haciendo contratos otra vez", dijo Katharina mientras pasaba junto a él.

